

XVII Muestra Cine Joven ICAIC
Declaración de la presidencia del ICAIC • Cuba

Declaración de la presidencia del ICAIC

La Muestra Joven es uno de los principales eventos del ICAIC, como espacio de encuentro para las obras y los creadores audiovisuales más jóvenes del país.

Organizada desde 2001, la Muestra cuenta con instalaciones en el propio ICAIC que funcionan con nuestros recursos financieros y materiales, a los que se agregan otros adicionales para la realización del evento, en particular, nuestras salas y espacios principales, como el cine Chaplin y el “23 y 12”. Por la prioridad que requiere su trabajo, el equipo coordinador sostiene una comunicación directa con el Presidente y con otras áreas del Instituto.

Un análisis de las obras exhibidas en los últimos años evidencia la gran diversidad de miradas y de contenidos, que reflejan las formas, muchas veces polémicas, en que nuestros creadores audiovisuales más jóvenes perciben, interpretan y sienten la realidad en que viven.

Después de cerrada la selección de obras para la Muestra Joven 2018, su equipo coordinador presentó a la Presidencia del ICAIC la solicitud de exhibir fuera de concurso el largometraje “Quiero hacer una película” como obra en proceso.

En el filme, un personaje se expresa de forma inaceptable sobre José Martí. Un insulto a Martí, sea el que sea y en el contexto que sea, es un asunto que no solo concierne al ICAIC, sino a toda nuestra sociedad y a todos lo que el mundo comparten sus valores. No es algo que pueda admitirse simplemente como expresión de la libertad de creación.

Como parte de nuestra política cultural y de nuestro compromiso con la sociedad, el ICAIC rechaza cualquier expresión de irrespeto a los símbolos patrios y a las principales figuras de nuestra historia.

Aun así, la Presidencia del ICAIC ofreció el visionaje y análisis de la obra con sus creadores para confrontar nuestros puntos de vista.

Sin esperar a este debate conjunto, el filme fue retirado de la Muestra por sus creadores, al tiempo que aparecen comentarios en las redes con críticas al ICAIC, desde los medios y las personas que solo se ocupan de nosotros cuando algo les sirve para atacar la institución. El mismo equipo coordinador de la Muestra, de manera poco ética, hace público su desacuerdo con la Presidencia del ICAIC por vía directa en las redes sociales.

Ante esta situación, el ICAIC ratifica que junto a la defensa de la libertad de creación artística, continuaremos defendiendo el derecho de la institución a adoptar sus propias decisiones, en el marco del diálogo y del respeto mutuo entre los creadores y la institución.

La Presidencia del ICAIC ratifica, una vez más, su voluntad de continuar apoyando la Muestra Joven ICAIC como uno de sus principales eventos.

Presidencia del ICAIC

Un insulto a Martí concierne a toda nuestra sociedad

Fernando León Jacomino • Cuba

director@lajiribilla.cu

En la mañana de hoy, jueves 22 de marzo de 2018, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos convocó a una conferencia de prensa para dar a conocer la programación de la 17 Muestra Joven ICAIC, que tendrá lugar del 3 al 8 de abril próximo. Previsto para el Centro Cultural Fresa y Chocolate, el encuentro comenzó con la intervención de Roberto Smith, presidente de la institución anfitriona.

En sus palabras, Smith hizo pública la puesta en circulación de la Declaración de la Presidencia del ICAIC, donde se explican las razones por las cuales no se autorizó la exhibición de *Quiero hacer una película*, obra financiada mediante la plataforma europea Verkami, una de las más reconocidas en el ámbito del micro mecenazgo.

Por la Declaración sabemos que “En el filme, un personaje se expresa de forma inaceptable sobre José Martí”, pero, si nos remitimos al perfil de Facebook de Marta María Ramírez, comunicadora cubana y administradora del muro de la película, encontramos información más precisa al respecto:

“No lesuento la peli —relata Marta María—, y en este post, como siempre le pasa al pobre Apóstol y como le gusta a la censura, dejo este diálogo descontextualizado e inconcluso. (Pido esperen a verla para entenderlo en su contexto.)

Esta es la escena de marras:

Tony Alonso Ramírez: José Martí es un mojón, Neysi. José Martí es un mojón, de verdad.

Neisy Alpizar: Verdad, Papi?

Tony Alonso Ramírez: José Martí es un mojón. José Martí no se reía, mija.

Neisy Alpizar: Qué tú sabes?

Tony Alonso Ramírez: José Martí es... era maricón.

Neisy Alpizar: Está bien. Y, por qué no?

Tony Alonso Ramírez: Pero... No lo conocimos. Estuvo en otra época. Es como Borges. El poema ese. Todo está confundido y la gente dice que

eso lo dijo Martí. “Hay que sembrar árboles”, eso lo dice mi tía... Yo no creo en Martí. Yo no soy martiano...”

Durante la mencionada conferencia de prensa, el equipo coordinador de la Muestra, una vez dado a conocer el texto de la Declaración, la impugnó en bloque y se pronunció públicamente a favor de que la película fuese programada, negándose de paso a compartir con los presentes las particularidades de esta nueva edición del evento. El desconcierto ante el pronunciamiento de la Institución les hizo olvidar de golpe a los coordinadores que la película se propuso a última hora, y que sus realizadores rechazaron la invitación del ICAIC para discutirla y, en su lugar, ventilaron el asunto a través de Facebook. Con esta acción, comprometían irresponsablemente una relación de trabajo con la institución que data de muchos años, sin tomar la menor distancia del contenido del filme y de sus implicaciones de todo carácter. Ante esta actitud, el ICAIC, en la persona del propio Roberto Smith, ofreció disculpas a los periodistas presentes y dio por concluido el encuentro.

No conformes con la decisión de Smith, el equipo coordinador de la Muestra cambió súbitamente de opinión e intentó convencer a varios de los periodistas presentes para que se quedaran un rato más, a fin de compartir con ellos las particularidades del evento. En este punto, varios de los allí presentes impugnamos la nueva convocatoria, considerando que el encuentro acababa de ser suspendido por la institución convocante.

Ahora mismo, cuando el equipo coordinador de la Muestra continúa apostando por la spectacularización del diferendo, exhibiendo otra vez en las redes sociales imágenes que solo pudo registrar gracias a la confianza que le otorgó esa misma institución que ahora denuesta; dejamos bien claro que si la vocación de libertad expresiva de ese equipo pasa por comulgar con producciones audiovisuales que afrenten a nuestros próceres, resultará muy difícil mantener el diálogo que hasta hoy ha garantizado la continuidad del evento.

Valoramos altamente los esfuerzos que se hacen para garantizar la Muestra Joven ICAIC, pero entendemos que todo cuanto hagamos desde nuestras plataformas institucionales ha de estar signado por aquel concepto martiano según el cual "la libertad es la tiranía del deber".

¿Libertad de expresión versus institución?

Jorge Ángel Hernández • Cuba

lajiribilla@lajiribilla.cu

De la Declaración del ICAIC acerca de no admitir la exhibición de la obra en progreso *Quiero hacer una película*, me llamó la atención de modo positivo su defensa del derecho institucional a pronunciarse y decidir. Es algo que se admite apenas sin respingos en la industria corporativa del mercado del arte, pero que no se acepta en instituciones que prefieren la pobreza, y hasta la quiebra, antes que negar las posibilidades de financiamiento y desarrollo. Ese es el don esencial y primigenio de la institucionalidad revolucionaria cubana. En su largo camino existe, cómo no, el accionar errático, como en todas y cada una de las obras humanas, incluido en ello la obra en evolución de creadoras y creadores. No hay institución perfecta. Aunque sí ha sido perfecta la voluntad de no desfallecer, de no abandonar los preceptos primarios del proceso revolucionario cubano: que la ciudadanía toda tenga igual derecho, e igual posibilidad, de acceder a la cultura genuina. No es el ICAIC una excepción.

La corta información de que disponemos los que estamos ajenos al accionar institucional interno, y aspiramos solo al resultado concreto de las obras —artísticas e institucionales, que ambas son imprescindibles—, revela, también, un error de buena voluntad institucional que más parece una trampa: compromiso tácito con una obra de la que nada se sabía y con muy escaso tiempo para el análisis y menos material de información que sustentara su aceptación. La propia organizadora lo revela en su muro de Facebook, pues se niega a entregar el material que la propia institución debe asumir como parte del proyecto que auspicia y que financia y, sobre todo, que legitima y autentifica.

¿Por qué, si no es así, insisten estos realizadores jóvenes en insertarse en la plataforma del ICAIC? ¿Para qué necesitarían al lobo feroz de los censores si, simplemente, no lo necesitaran?

Hay en este caso, y una vez más, un comportamiento de disidente botellero; o sea, de adolescente (artístico y mental) que sólo puede mostrar su rebeldía a través de la propia familia que, aún así, lo protege. Curiosamente, el ICAIC, es decir, la familia simbólica, financia y legitima, en tanto el realizador adopta a la familia que lo opprime; como que no juega la estructura significacional con las piezas en curso, revueltos en su olimpo Levy-Strauss y Barthes, por ejemplo.

Por mi parte, dudo de que alguien que es capaz de pastichar un diálogo semejante en una película, pueda sostener un debate profundo acerca del pensamiento martiano, de sus orígenes, desarrollo e, incluso, sus circunstancias de legado. Para no hablar de que esa seudointertextualidad superficial que revela anuncia apenas un simple gesto análogo a lo que llaman perreo en la música urbana. Lo que parece reflejar el insultante diálogo (insultante, aclaro, no desde el punto de vista del personaje, que se muestra como un verdadero imbécil, sino desde el punto de vista del realizador, quien se desliza como un verdadero oportunista) es una reacción contra el uso del legado, acaso contra la simplificación estándar que la enseñanza retransmite. Este tópico, dicho sea de paso, es obsesión de la institucionalidad educacional, aunque no es fácil lograr que la humanización de la enseñanza histórica se expanda con una herencia burguesa de métodos educativos.

No obstante, la reacción en redes atrae el apoyo de intelectuales que cierran filas en contra de la institución que ha validado y protegido su obra, desde que empezaron y hasta los momentos en que le lanzan sucesivas coces. Para ellos la postura es a priori. En nombre de una libertad de expresión que predicen, sin convencer, aplican la censura más férrea a la institución revolucionaria. No van, digamos, a la institucionalidad cristiana que rige la moral ni a la institucionalidad ideológica burguesa que rige el espíritu de lo tolerado, aunque incómodo, no; se encaraman de plano, y muy ramplonamente, al foco de agresión de guerra

cultural: el accionar cultural que el proyecto revolucionario cubano ha sostenido a pesar de toda crisis.

También, cómo no, niegan la ideología de plano, como si la ideología no fuese también, en el más chato de los casos, una disciplina científica, un objeto de estudio. Se adhieren, con docilidad pasmosa, al patrón desideologizador de la ideología post, hegemónica y depredadora, precisamente, de la libertad de expresión.

¿No cabe la posibilidad de equilibrio en sus juicios? ¿No han existido personas de talento y capacidad de valorar y discernir en las instituciones? Se deduce que no de sus salidas públicas. El maniqueo ejercicio de los buenos y los malos les allana el camino de la desatención, del apoyo a la falta de respeto por tal de hacer un nuevo mérito de rebeldía ilocutoria.

Acaso el error primigenio de este absurdo se halle en el propio título que ha dado origen al conato de guerra cultural. El camarada Yimit quiere hacer una película; que lo logre es harina de costales diversos. Ya lo decía Guillén, Nicolás, el poeta nacional: “Comprendo joven, su desesperación y prisa, pero antes de deshacer un soneto, lo anterior es hacerlo”.

Y para seguir con Guillén, parafraseando a mi albedrío alusivo: “si escasea demasiado el talento en el Uno, por favor, respeten alguna que otra vez, tanto a Martí, como a la luna”.

Entrevista a Fernando Pérez

Me quedé con el Martí que siente en su pecho el mundo

Marianela González • Cuba

Aun sin un minuto a solas para pensar en preguntas atractivas o revisar encuentros pasados, es siempre una provocación. Y si te alcanza la suerte, no temas: basta haber visto la película *José Martí: el ojo del canario*, haberla sentido y sentarse frente a él con la última mirada en presidio aún latiendo, para que agradezcamos los obstáculos que a veces frustran serenidad y oficio. Mejor así: te colocarás frente a esta figura estrecha, de mirada tierna y

significante —¿otra casualidad? —, las preguntas vendrán solas y luego partirás por la puerta delineada con cintas de video, convencido de que regresas al cruzarla a la realidad filmable. Como él, cada mañana.

¿Se imaginó alguna vez una película sobre Martí?

Jamás. Martí es una figura demasiado grande, de una dimensión que sigo pensando que es intocable. El Martí adulto es intocable en una película... Es mi caso, estoy seguro de que vendrán cineastas que lograrán hacerlo, pero yo aún no me siento capaz de asumirlo.

Por eso, cuando me propusieron hacer esta película, que forma parte de la serie *Libertadores* de la Televisión Española y Wanda Visión, no tardé mucho en decidir que sería una película sobre su infancia y adolescencia. Primero, porque pienso que en la infancia es donde está todo el embrión. Pensé así que podría llegar a algo de lo que fue el Martí adulto, mostrando cómo eso se fue formando, potenciando.

La película trata de expresar o de narrar la formación de un carácter, de un niño con una sensibilidad muy especial, pero que se desarrolló en un medio común y que pudo ser un medio similar al de cualquier otro niño; pero un niño que con el tiempo tuvo que irse sobreponiendo a ese medio y a su familia. Esos son, digamos, los puntos de partida. El cine ha sido siempre para mí una imagen poética, como el espejo transparente de los versos de mi hija.

¿Cuándo llegó la confianza en que sí podía ser?

En mi caso, cada película surge de manera distinta. Nunca el nacimiento de una es igual al de otra. El momento de inspiración vino esta vez cuando me dije: “tengo que escribir este guión solo”. Me ocurrió cuando me encontré con Eliseo Altunaga, un guionista que respeto muchísimo. Nos vimos por la calle y hablamos de esa idea, le dije que aún no la veía y me dijo: “escríbela desde ti mismo”. Eso fue para mí una revelación, me puso a pensar. Realmente le agradezco a Eliseo el espaldarazo. Me gusta realmente escribir el guión con la

colaboración de un guionista, aun cuando yo haga la versión final, porque es un trabajo muy solitario. Aquí dije: tengo que enfrentarlo solo.

Y cuando ya se me fue revelando ese Martí que llegaba, claro, de la investigación, pero también de muchos recuerdos personales, de muchas similitudes de la infancia, fui sintiendo de verdad que Martí iba naciendo de mí. Fui sintiendo que era posible. Por eso digo siempre que es mi Martí.

¿Por eso se decidió por Damián y Daniel, aun cuando tenía otras dos parejas?

¿Quieres mi versión? Tenía muchos candidatos, pero no me convencían. Había algo dentro que me decía que esos muchachos tenían posibilidades, pero que faltaba algo. Recuerdo que le decía constantemente al equipo: “para mí, Martí niño es una mirada, es una mirada...” Era un niño observador, de un mundo interior muy fuerte y, por tanto, la caracterización debía ser un tanto melancólica. Fíjate que el Martí niño casi no habla en la película, siempre está observando, asistiendo a momentos o escenas que le van a marcar. Esa mirada tenía que ser profunda. Cuando Damián llegó, casi al final, yo dije: “ese es el que me gusta”. Claro, luego vino un proceso en el que había que conocerlo, ver quién era Damián, cómo pensaba Damián.

Y sucedió algo curioso: yo no veo mucha televisión, pero hacía unos años, antes de conocer a Damián, vi en televisión un cuento en que actuaba Juan Carlos, el médico de *Suite Habana*. Recuerdo que me fijé en un niñito que actuaba muy bien. Y cuando Damián me dice en la entrevista que su experiencia anterior había sido en *El cohete*, le pregunté: “¿Cuál de los dos tú eras?” Me dijo que el más chiquito, precisamente aquel en que yo me había fijado. Eso empezó a darme confianza.

¿Qué pasa con Fernando Pérez y las casualidades? Varios momentos del casting, el comenzar la prefilmación de *Martí*... el 28 de enero, sin proponérselo...

Creo mucho en la intuición y en las casualidades. Me considero un profesional, claro, trato de ser riguroso y todo, pero hay muchas cosas que vienen porque son así, porque la vida me las da, porque están ahí... no me da pena decirlo. Creo que también se debe a una energía que uno libera, que permite que cosas así ocurran.

Te juro que el día de la prefilmación yo no estaba consciente de la fecha. Llegó el productor y me dijo: “¿sabes qué día es hoy?”. Le dije: “jueves” ... Fue todo pura casualidad.

Y con el *casting* igual. Fíjate que Damián es todo lo contrario al Martí de la pantalla: es hiperquinético, muy extrovertido, inquieto. Muy inteligente, pero muy sensible. Tiene un mundo interior muy fuerte y creo que a base de muchos secretos que compartimos juntos, se fue elaborando el personaje y me fui convenciendo.

Daniel Romero también llegó al final: cuando Gloria fue a hacer el *casting* en la Escuela Nacional de Arte (ENA), él no estaba, luego hubo una entrevista y llegó tarde... en fin. Pero lo vi y sentí que podía ser. Su único problema era el físico, no porque yo quisiera que fuera idéntico, porque incluso la referencia visual que tenemos del Martí joven son tres fotorretratos. Pero una de esas fotos me llamaba mucho la atención porque era la forma en que yo veía al Martí adolescente. Veía en Daniel al posible Martí, sentía que estaba la fibra, la voz, la mirada, incluso el carácter; pero solo con las pruebas de maquillaje me convencí. Le rizamos el pelo y aquello era increíble. Y a medida que íbamos filmando, el parecido se nos fue haciendo más fuerte... yo creo que ahí pasó algo de magia, no sé.

Debe haber sido para ellos una presión enorme...

Sí, por eso lo primero que hice fue sentar a Damián, el más pequeño, y decirle: “tú no eres Martí”. Él no comprendió, me dijo: “¿es que ya no lo voy a hacer?” Le expliqué entonces que para actuar no era necesario que pensara en que estaba interpretando a Martí. Eso pasó con la mayoría de los actores: con Brito

y con Broselianda, sobre todo. Tratamos de buscar elementos personales de nuestras vidas que pudieran identificarnos con la historia, emotivamente.

Ese método concuerda con la idea de descongelar a Martí de las estatuas...

Exacto. No queríamos un Martí marmóreo. Eso ha creado en los jóvenes y en los que estudian a Martí un alejamiento, pasa a ser una historia sin vigencia. A mí me ayudó mucho leer periódicos de la época, descubrir la vida tal cual es. En la prensa se refleja mucho más el día a día que en la literatura: hay un lenguaje más directo. Eso me ayudó a dar una Habana reconocible.

También me ayudó mucho un paseo que hice con Alejandro Gutiérrez, el otro asistente, y José Lozano, un historiador. Lozano nos llevó desde la casita de Paula hasta donde estaba el Villanueva, pasando por Industria... Hacer ese recorrido, imaginarme aquella Habana dentro de la Habana de hoy, me sirvió mucho. Establecimos, claro, la distancia de algunas costumbres; pero comprendimos una idiosincrasia que ya era vigente en aquella época y que tiene mucho que ver con nosotros, hoy.

Lo curioso es que esos primeros 16 años de Martí fueron precisamente los que vivió en Cuba, después fueron solo uno o dos años, entre una cosa y otra. El resto lo vivió en el exilio. Fue la etapa en que prendió el amor por Cuba. Por eso era tan importante la escena del Hanábana, donde quisimos dar visual y sonoramente todo lo que lo nutrió en relación con la naturaleza. Eso siguió con él hasta los *Versos sencillos*, plenos de estas referencias.

Se trata de una película histórica, género cuya tradición en Cuba incluye algunos desaciertos, pero también obras excepcionales. ¿Cómo dialogó con esta tradición?

Vimos todo o casi toda la filmografía histórica producida por el cine cubano. Y las películas que se han hecho sobre Martí: primero *La rosa blanca*, de 1953, un empeño cuidadoso, en coproducción con México, pero una película totalmente equivocada. Trató de abarcar todo Martí en una hora y media, se

nota la superficialidad y el empeño de dar un Martí heroico, con el cual uno no se identifica.

Un galán engominado...

¡Creerás que no, pero incluso ese Martí adulto está interpretado por un galán mexicano, fornido, que habla como los galanes de telenovelas! Eso te aleja. Pero nos sirvió para reafirmar lo que no queríamos hacer.

Y luego dos proyectos para mí muy interesantes, de Pepe Massip: el primero, *Los tiempos del joven Martí*, un documental hecho casi sin nada, que recoge la época a base de documentos, grabados, muy bien organizados. Es un material que como documental didáctico y educativo está muy bien. Es un punto de referencia. Y *Páginas del diario de José Martí*, que yo había visto de joven y no había entendido, no me había gustado. Me doy cuenta ahora de que fue una película muy audaz para su época, una película de vanguardia. Vista hoy, sigue siendo polémica, su audacia me atrajo muchísimo. Me hubiera gustado tener esa audacia estética, no de la mirada, que tuvo Massip. Es una película que hay que revisitar y revalorar.

Para las atmósferas y la reconstrucción de la época, vimos casi todas las películas históricas del cine cubano. Entre ellas, algunas que son motivos de inspiración, legados, como la obra de Solás. Sobre todo el primer cuento de *Lucía*. *Lucía* lo inspira a uno en todo. No obstante, no queríamos que fuera igual, queríamos otra mirada.

¿A qué responde la división en capítulos?

Sentía que debían ser momentos de ese período, contar un itinerario espiritual, de formación de un carácter. Sentía que la continuidad debía venir por momentos que fueran los que para mí permitieran componer la imagen que queríamos. Por eso, el primero, "Abejas", está dedicado a ese Martí en la ciudad y luego en el campo, cuando va con el padre y descubre la esclavitud y la campiña cubana. En el segundo empieza a descubrir la literatura, la poesía, el teatro, la música y el sentimiento de cubanía, en el enfrentamiento entre el

español y el cubano, hasta que termina con el drama familiar que significa la pérdida de Pilar. Termina así una infancia con los elementos que luego desarrolla en la adolescencia. “Cumpleaños” empieza ya a moldear su actividad política y poética. Y cierra la película con un Martí que lo ha perdido todo.

Termina la película en un punto de giro en la vida de Martí, en el justo momento en que toda esa acumulación hierve, completa espacios en blanco y se prepara a estallar. ¿Sintió alguna vez ganas de acompañarlo un poco más?

[Silencio]

No.

[Silencio]

Me quedé ahí. Pero me quedé ahí con mucha fuerza, te lo digo a ti nada más.

Me quedé ahí con el Martí que mira y siente en su pecho el mundo...

¿Cuánto necesitamos hoy de un Martí humano?

Me sentiría muy feliz si el espectador cubano y sobre todo los jóvenes, viendo esta película y reflejándose en este hombre, se preguntaran: ¿por qué amo a Cuba, ¿qué hago por Cuba?

¿Se lo preguntó usted?

Todo el tiempo.

Balas ominosas contra José Martí (A propósito de una película en realización)

Luis Toledo Sande • Cuba

lajiribilla@lajiribilla.cu

En lo más profundo, y atendiendo a su pensamiento, no es exacto decir que José Martí murió de balas españolas. Él mismo supo diferenciar al pueblo español humilde del sistema que lo oprimía al igual que al cubano. Conocedor de la naturaleza humana, tuvo en cuenta la heterogeneidad de España, y del mundo, y así como desde su infancia repudió a compatriotas traidores, alabó la presencia de españoles en las luchas por la libertad de Cuba.

Para ser fieles a su ideario, y a la verdad, lo pertinente sería decir que lo mataron balas colonialistas: de una metrópoli carcomida y dispuesta a someterse a los designios de la potencia imperialista que emergía en la América del Norte, antes que aceptar la independencia que Cuba merecía y estaba en camino de alcanzar. Él lo previó, y su acierto se confirmó en 1898, cuando la Corona hispana se humilló ante la intervención de los Estados Unidos y se hizo cómplice de que ese país se apoderase de Cuba y de Puerto Rico.

La consumación de la tragedia que Martí había tratado de impedir a tiempo, dio paso a la República proclamada el 20 de mayo de 1902, que nació maniatada con la injerencia militar y la Enmienda Platt impuestas por los Estados Unidos, país que tuvo cómplices vernáculos como los había tenido la España monárquica. De entre los autonomistas y anexionistas del siglo XIX, y de quienes han venido dándoles continuidad desde entonces, surgieron y no han dejado de surgir servidores del imperialismo, antimartianos por definición.

Ya en vida de Martí no faltó el cubano que actuase en su contra, como el Enrique Trujillo que, celoso de su grandeza, promovió intrigas a las que él siempre respondió desde su altura ética, ya fuera con el silencio —sabía que lo defendía su vida— o como la vez en que, acusado por Trujillo de haber estado murmurando de él, le contestó que no murmuraba de nadie, y que, en todo caso, vería si podía levantarla hasta su estimación para luego darle una bofetada. Hubo incluso quien, mal aconsejado, intentó matarlo, y él se opuso a que lo castigara. Con una conversación le demostró que había actuado erróneamente, inducido por otros a cometer el homicidio, y aquel que estuvo a punto de ser su asesino fue luego combatiente en las filas mambisas.

A raíz de la muerte de quien se ganó el calificativo de Apóstol por su entrega a la liberación de la patria, un cubano que servía de práctico a las tropas españolas se jactó de haberle dado el tiro de gracia. Acaso mintió, pero para condenar su actitud bastaría que lo hubiera dicho, máxime si lo hacía como un alarde dirigido a ganar méritos ante los enemigos de su patria. Aunque a la inmensa mayoría del pueblo cubano lo ha caracterizado el patriotismo revolucionario, hayan sido o no hayan sido reales, las del práctico no serían las últimas balas salidas de otros cubanos contra Martí, aunque no fueran balas físicas.

Aquel burdo traidor era rústico, pero también hubo apátridas ilustrados. Un miembro de la asamblea en que, a pesar de la digna negativa de verdaderos patriotas, se constituyó una república atada por los designios de la potencia intervencionista, expresó contra Martí un odio también repugnante. Se negó a contribuir a la colecta popular que estaba en marcha para dotar a doña Leonor Pérez de una casa donde vivir, y dijo que no ayudaría a la madre de quien, según él, había sido el hombre más funesto que había tenido Cuba.

Para colmo, ante el rechazo de asambleístas que no estaban dispuestos a tolerar semejante afrenta, se impuso el formalismo que autorizaba al apátrida a expresarse de tal modo porque esa era su opinión personal. Muy torcida tiene que ser una república que se asiente sobre tales argucias y permita que sus pilares sean calumniados. Pero esa no es la Cuba que se construye desde que en enero triunfó una Revolución que ya durante la lucha armada proclamó a Martí como su mentor, para orgullo del pueblo que en rotunda mayoría la hizo suya y la defiende.

Enemigos de la Revolución se han dado inútilmente a urdir falsedades con que simular que Martí les pertenece —es también una forma de afrenta, y no la más leve— o para tratar de mellar su filo revolucionario, cuando no para denigrarlo abiertamente. Un ejemplo de esta última variante lo dio quien, radicado en el exterior y empeñado en deslegitimar los fundamentos ideológicos de la Revolución Cubana, terminó percatándose de que se hallaban en Martí, y lanzó contra él su rabia.

Posiciones similares las han protagonizado quienes, incluso dentro del país en uno de los casos, se han desbocado tratando de reducir a Martí a la nada —de convertirlo en aire inútil, no el aire vital que él trasmite como aliento a su pueblo— o acusándolo de hipócrita, racista, antiobrero y otras “maravillas”. Los promotores de tan dolosas maniobras, condenados al fracaso, siguen criterios “posmodernos” según los cuales la historia es un mero relato o simulacro, pero cuentan con que, si lograsen borrar a Martí, minarían gravemente los pilares históricos de Cuba.

Aunque se le venera justamente no solo en este país, resulta natural que aquí la veneración por Martí sea masiva y tenga la marca de lo sagrado, no en abstracto, sino en vínculo profundo con un proyecto de salvación nacional. Eso mismo pudiera explicar que, al parecer, los mayores y más encarnizados insultos contra él los han lanzado unos poquísimos hijos de Cuba, incapaces de identificarse con el modo de significación directa que para cubanos y cubanas tiene la continuidad entre Martí y la Revolución.

De ahí el afán de quienes intentan desconocer la altura del héroe, con lo que, si algo revelan además de miseria política y moral, y conciencia de su propia frustración, es ignorancia, no una ignorancia cualquiera, sino voluntaria, que no se explica ni por deficiencias que pueda haber habido en la enseñanza de la historia. Ni siquiera se fijan en voces representativas del imperio, al cual de hecho ellos sirven al revolverse contra la nación cubana, que intentan tergiversar el pensamiento de Martí, apropiarse de él. Para eso lo citan dulosamente —como hizo, cuando era césar, el Barack Obama que en eso, y probablemente en otros asuntos, fue menos ignorante y torpe que ellos—, y necesitan parecer que no lo desconocen, y que lo respetan, y explícitamente no lo ofenden, aunque lo hagan con solo mencionarlo.

Abiertamente ofenden a Martí quienes hoy son continuadores de aquellos que él impugnó en su discurso del 26 de noviembre de 1891: “Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetros de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, —y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de

la creación, no dan siempre olor de clavellina". Ese es el discurso conocido por el espíritu que lo recorre y se concentra en el lema final: "Con todos, y para el bien de todos", aunque de punta a cabo revela la comprensión, por el propio Martí, de que no todos estaban dispuestos a ser parte de esa totalidad. También por esa luz sigue siendo el mentor de Cuba.

En todo eso pensaba el autor de estas notas a propósito de una de las películas concebidas para ser presentada este año en la Muestra Joven que desde 2001 auspicia el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). La productora del filme, quien no pertenece al ICAIC, ha difundido en Facebook palabras suyas y un diálogo de la película, que muestran un desfachatado irrespeto a Martí.

Especialmente el diálogo es de una grosería a la que no había llegado ninguno de los más enconados detractores de Martí, y si algo revela no es precisamente agudeza conceptual ni tino artístico, lo que tampoco se aprecia en las palabras de la productora. Nada tienen esos textos del rigor que se requiere para acercarse por cualquier camino a una figura de la relevancia histórica y afectiva que tiene el Apóstol, a quien nadie que se respete a sí mismo, o a sí misma, ultrajaría de ninguna manera.

El irrespeto en que incurre el referido diálogo —en cuya difusión difícilmente quiera participar alguien que se respete— merece un rechazo que nada tiene que ver con normas como las implantadas en monarquías donde, imposición de autoridad por medio, se permite ser irrespetuoso con casi todo, pero no con la Corona, urgida de tal protección para acallar las críticas y reprobaciones, a menudo graves, que merece. El respeto que vale exigir para el tratamiento de Martí es el que él se ganó con su entrega a la lucha emancipadora, con la altura extraordinaria de su obra escrita y en actos, con su inquebrantable coherencia ética entre pensamiento, palabra y acción, y hasta con una fineza que sigue siendo ejemplar y convoca a seguirla.

Muy mal estaría el ICAIC, o cualquier otra institución cultural del país, si cediera a la supuesta libertad de expresión válida para denigrar y poner en solfa los

más altos valores e ideales de la patria. Muy mal estaría la nación si, chantajeada por maniobras de sus enemigos —que nunca le perdonarán su decisión de no acatar las presiones con que han intentado aplastarla, empeño al cual no renuncian—, se amarrara las manos para no poner freno a lo que deba ser frenado. Muy mal estaría Cuba si el concepto de juventud se confundiera con el derecho a la irreverencia y a cometer actos de lesa patria.

Si es joven la Muestra en que los realizadores de la película aludida pretendían que esta se presentara, no es nueva la saña antimartiana de algunas personas nacidas en Cuba, y de otras. Y la juventud, si de arte e ideología se trata, lo es más por razones de esencia que cronológicas. Al día siguiente del discurso ya citado, Martí pronunció otro que lecturas superficiales pudieran considerar el más excluyente de los suyos: el que se conoce como “Los pinos nuevos”, expresión tomada del texto, donde no tiene la connotación generacionalista que a menudo se le ha atribuido.

Quien, estando a la altura de los tiempos, rechazaba a los neómanos desorientados, no alababa de preferencia a la juventud en sentido etario, sino a la que viene de abrazar lo fundacional nuevo. Para hablar del ímpetu con que debía fomentarse en su tiempo el movimiento patriótico cubano, se refirió a “los racimos gozosos de los pinos nuevos” que brotan por entre los troncos de un pinar quemado que había visto en su camino hacia Tampa, y exclamó: “¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!”.

Para apreciar el contenido de ese *nosotros*, debe tenerse en cuenta que lo incluía no solamente a él, entonces con treinta y ocho años, sino también a todos los que abrazaban el nuevo plan revolucionario: desde ancianos mucho mayores que él, y que Máximo Gómez incluso, hasta jóvenes y adolescentes. Si para ser verdaderamente joven no basta tener pocos años, tampoco tener una edad avanzada es razón para devaluar a nadie.

En cuanto a Martí, sigue enérgico, vigente y fundador cuando ha pasado bastante más de un siglo de su caída en combate, y así continuará siendo. Acaso lo previó él mismo cuando, libre de soberbia y vanidad, vaticinó: “Mi

verso crecerá: bajo la yerba/ Yo también creceré”, a lo cual añadió algo que vale recordar aquí, aunque él no estuviera pensando en su grandeza personal, sino en la del universo: “¡Cobarde y ciego/ Quien del mundo magnífico murmura!”. Tuvo toda la autoridad moral para decir de sí mismo: “Y yo pasé sereno entre los viles”.

En cuanto a la salvaguarda, la defensa y la veneración de su legado, no vivimos en una república maniatada por el imperio, en la que, aunque la mayoría del pueblo rechazara actos tales, los gobernantes —de esencia antimartiana, salvo honrosas excepciones— toleraban ultrajes como el perpetrado por marinos estadounidenses al monumento que le rinde homenaje al Apóstol en el Parque Central habanero. Vivimos en una república revolucionaria, a despecho del imperio que le ha causado muchísimo daño, pero ha fracasado en el afán de derrocarla con el auxilio de cómplices y lacayos. A estas alturas y en un tema tan serio, ¿cabrá hablar de ingenuos, como pudo ocurrir en el caso del equivocado que intentó envenenar a Martí? Otros venenos y proyectiles ominosos hay.

Tomado de Cubarte

¿Censura o escaramuzas contra el ICAIC?

Váyanse, que yo me quedo

Jorge Ángel Hernández • Cuba

lajiribilla@lajiribilla.cu

La persistencia en considerar censura la decisión del ICAIC de no proyectar en la sala Chaplin el filme en progreso *Quiero hacer una película*, del novel realizador cubano Yimit Ramírez, puede parecer enfermiza a simple vista. Si nos atenemos al *modus operandi* de la información en redes sociales como Facebook, no es extraño que ocurra; por cuanto se trata de un escenario generador de este tipo de conducta. Como suele ocurrir, la diatriba forma parte del lugar común de la propaganda contra Cuba, su gobierno y su pueblo, por lo cual asombra que personas más enteradas de lo que ocurre en el mundo del cine en Cuba hayan preferido ignorar hechos concretos de la escaramuza y

alteren, con olímpico descaro, la cadena de sucesos. Se ha creado un juicio público a una institución de la Revolución Cubana con argumentos falsos, falaces. Se ha acumulado una presunta historia de atrocidades de censores y hasta se ha llamado al apocalipsis de la susodicha Muestra Joven; todo esto disfrazado de pensamiento crítico y deseos de que el certamen cambie y entienda ciertos preceptos, ciertas prácticas concretas en relación con el arte y la experimentación.

Y todo parte de la primera puesta en escena a través del muro de Facebook de su organizadora, quien ya andaba buscando por esa vía entidades que aportaran a la ponina del financiamiento [1].

Un crítico de cine que el público cubano conoce por la televisión, y que goza del privilegio de ejercer la enseñanza —sin la menor censura, por cierto— como Gustavo Arcos, primero acude a esa plataforma, defenestrando a los “censores eternos” y anunciando que nada más tiene que decir (acaso pensaba que el aluvión sería tan devastador que quedaría el ICAIC reducido a cenizas apenas estallara su frase en el espectro mediático). Sin embargo, su modo más claro de demostrar que no le quedaba nada por decir fue relanzarse de inmediato en *OnCuba*. Tal como podría suponerse, Arcos recicla allí las mismas falacias con que supuestamente había concluido y acusando de paso a los demás de su orfandad de argumentos propios y su tendencia a la cita. Podría alegarse que no ha sido el único en operar de este modo, pero su ejemplo es modal en este caso. No han faltado otros presuntos críticos que, tal como Arcos, aparan sus herramientas de análisis y se suman con entusiasmo al coro propagandístico anti-institucional.

Instalado en sus nichos de la academia y los medios, este extraño abogado desliza frases del tipo “si los jóvenes creadores quieren ser independientes y no sentirse cada año sometidos a los límites (cada vez mayores) que pone la institución, no queda otra que salir de ella y repensar o idear nuevos espacios”; lo que, bien leído, equivale a plantear: Váyanse, muchachos, que yo me quedo en el confort de mis variados e influyentes espacios.

Valdría la pena entonces que nos hagamos varias preguntas relacionadas con todo esto. Por qué los defensores del equipo coordinador de la Muestra ignoran, ocultan, tergiversan, que la decisión del ICAIC no fue eliminar la obra en progreso sino pasarla a una sala donde fluyera el debate (espero no le teman al debate de partes)[2] ¿Por qué, si tan sutiles son en presunciones de conducta hacia la institución, rehusan el diálogo previo dentro de los espacios de la propia muestra que organizan y claman en alharaca de lugares comunes por una exhibición de *reality show* arteramente orquestada? ¿A qué viene ese afán de echar a pelear a la institución con el cine que se hace fuera de ella, cuando hay una extensa y fructífera tradición de diálogo respetuoso, de indiscutible signo inclusivo, de lo cual dan fe la propia Muestra y su continuidad?

¿Por qué todos los que le hacen el coro a estos manipuladores y manipuladoras de la opinión pública, obvian el sencillo hecho de que el propio Yimit Ramírez lleva otras dos obras a la misma Muestra Joven donde supuestamente se le ha censurado?[3]

¿Por qué les resulta tan importante mediatizar las ofensas a Martí, e incluso descontextualizarlas de una obra que supuestamente las justificaría?

¿Ninguno tiene idea de las obras de las artes plásticas, por ejemplo, que usan a Martí en verdaderos desafíos artísticos —no exentos de polémica—, y que forman parte incluso de la Colección (¡oficial!) del Consejo Nacional de Artes Plásticas?

¿Cómo es que estos agudos inspectores, o cazadores de censores, ni siquiera se dan cuenta de que la circulación del Programa del evento, financiado por la institución que critican a cajas destempladas e impreso en la más oficial de las empresas cubanas (Combinado de Periódicos Granma), desmantela de plano el falso argumento de la aplicación de censura?

Si algo está podrido más acá de Dinamarca, muy cerca de nosotros y del accionar cotidiano de las instituciones, es justo la opinión de críticos,

realizadores e intelectuales cubanos que no operan desde el análisis y el rigor consustanciales a su oficio y cuya obra desaparecería si borrásemos de ella lo que aluda o rememore el auspicio de la institucionalidad de la Revolución. Algo, con demasiados elementos que engranan a la perfección, parece responder a un entramado desestabilizador y subversivo, en primer lugar, por la recurrencia en sus textos del ya mencionado lugar común contrarrevolucionario y la consiguiente sublimación de cualquier indicio que refuerce su correlato cinematográfico. Esa es la actitud *sine qua non* para tender las manos bajo el gajo de los 20 millones (oficiales) que el departamento del Tesoro estadounidense ha designado para el derrocamiento del sistema político cubano [4]. Como lo han demostrado muchos investigadores de este tema, en cuestiones de injerencia subversiva la erogación extraoficial (difusa e imperceptible como pocas), triplica a la oficial, como promedio al menos. No es de extrañar que con el nuevo inquilino de la Casa Blanca (que tantas lecciones de manipulación a través de las redes de Internet está dejando), y el activo cabildeo contrarrevolucionario, ese promedio se exalte un poco más y se dirija, sin obvias expresiones políticas, a la “noble tarea” de desacreditar a la institución. Evidentemente, hay un grupo que dice: “Más en mis manitas (¿de hombre fuerte?), por favor”.

Casi a las puertas de la Muestra misma, que pese a todo tendrá lugar al amparo del ICAIC, considero útil compartir estos argumentos ante el despliegue falaz de información y juicio que ha caracterizado los días previos al evento, especialmente en la red social Facebook. Reto a los defenestradores de oficio, que tan pronta, oportuna y públicamente se han manifestado, a que equilibren la condición de censura que alegan con la capacidad de la institución para no dejarse llevar por provocaciones mal intencionadas y pensar más en el todo que en cualquiera de sus partes, mostrando la madurez y el aplomo requeridos para dar continuidad a un hecho cultural que trasciende con mucho la voluntad de sus coordinadores.

Notas:

[1] Véase Un insulto a Martí que nos concierne a todos, en <http://www.lajiribilla.cu/articulo/un-insulto-a-marti-concierne-a-toda-nuestra-sociedad>

[2] ¿Libertad de expresión vs institución?, en <http://www.lajiribilla.cu/articulo/libertad-de-expresion-versus-institucion>

[3] “Trump aprueba 20 millones de dólares para los programas subversivos contra Cuba”, en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2018/03/25/trump-aprueba-20-millones-de-dolares-para-los-programas-subversivos-contra-cuba/>

[4] “Trump aprueba 20 millones de dólares para los programas subversivos contra Cuba”, en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2018/03/25/trump-aprueba-20-millones-de-dolares-para-los-programas-subversivos-contra-cuba/>

La polémica y la metáfora del globo

Fernando Luis Rojas López • Cuba

Desde pequeño me acompaña una metáfora que parece enraizada en Cuba. “Inflar globos” parece ocupar un lugar central en nuestra cultura. Es otra manera de identificar la mentira, la exageración, “la guayaba”, el sobredimensionamiento... Como nuestro lenguaje, la frase se ha cortado, ahora basta con “inflar”.

La metáfora del globo genera varias lecturas. Una, la más común y gráfica, tiene un aguante máximo y la acumulación lo explota. Esta viene acompañada de dos posibilidades: la explosión como interruptor de otras reacciones; y, el aire —que antes tuvo identidad propia en su prisión elástica—, se confunde y homogeniza con lo que tiene alrededor. Hay otras: el globo puede no estar a tope y algún espíritu belicoso mete un cuerpo extraño, revienta el globo, para unos accidental o prematuramente, pero otros se montan en el sonido de la explosión y se lanzan al ruedo. Es, en rigor, otra manera de tocar de oído. También, como los procesos no son unidireccionales, nos encontramos frente a la posibilidad de que el globo no se inflle y que, simplemente, salga el aire.

A la polémica sobre la decisión institucional de no autorizar la exhibición en la Muestra Joven del ICAIC de *Quiero hacer una película* concurro en calidad de

potencial espectador. Me corresponde tocar de oído y para ello, me serviré precisamente de esta metáfora del globo en varios actos.

Un primer asunto sería el tema central de la polémica, que a todas luces supera el propio material. Las consideraciones sobre este último —que sería sin dudas un eje—, están mediadas por al menos otras tres cuestiones: 1. El funcionamiento de la censura; 2. La debilidad en que se encuentran las instituciones como generadoras de consensos; y 3. La manera en que se aborda la historia del país, sus figuras y símbolos más prominentes.

¿Por qué, lo que debía ser el eje fundamental: la obra en cuestión, aparece diferida? Se trata de una proyección no consumada, una obra que por ahora “es” en calidad de resultado de trabajo de un grupo de creadores; y no “es” en su calidad de diálogo —o no diálogo, hay personas a las que puede no proponerles nada—, con el público.

Y desgraciadamente, “ya no será”, porque cualquier acercamiento estará marcado por el fragmento que se ha convertido en comidilla, no solo desde la institución, sino desde las argumentaciones de sus propios realizadores. Digo “ya no será”, asumiendo especulativamente que ese fragmento no fuera la apuesta de los creadores para “enganchar”. Así las cosas, salvo un pequeño grupo de personas, el resto —incluyendo algunos críticos—, hemos tenido que hablar parcialmente.

Y sobre el/los temas centrales viene el primer globo, o los dos primeros. Se trata de si ponemos más aire, con la experiencia de *Quiero hacer una película*, al acumulado de actos de censura institucional. Está el problema, como dice un acertado post de Mauricio Escuela, de que decidan por nosotros en una actitud paternalista, y nos priven de la posibilidad de enfrentarnos y cuestionarnos un determinado material. Pero al mismo tiempo, las instituciones —una figura que no es invento del socialismo estatalizado cubano ni privativa de este— existen, y a la par de limar las grandes distorsiones existentes deben desempeñar su papel regulador en determinados momentos.

¿Existe alguna forma de poner a decidir a toda la población cubana sobre la pertinencia o no de proyectar en circuitos masivos una obra? Parece un chiste. Saltan dos preguntas: ¿No es una fuga del sentido común asumir que debe difundirse un material audiovisual para luego decidir si es pertinente divulgarlo? ¿Acaso la discusión no se está planteando realmente en los términos de eliminar toda capacidad de regulación por parte de las instituciones? Creo sinceramente que la censura, debía ser también uno de los derechos inalienables del ser humano: podemos decidir no responder una pregunta, podemos decidir no ir a una marcha, podemos decidir no ver un material... Es que lo hacemos cotidianamente, en otras formas de agrupamiento incluso —que son tomadas por válidas porque no son institucionales. Debo decir que no conozco espacios donde se ejerza más la censura que los equipos editoriales, y de maneras diferentes.

Aquí viene el segundo globo, al que desgraciadamente —quizás por nuestras falencias académicas, fragmentaciones de nuestro sistema de organización de la ciencia y algo de egoísmo—, echamos menos aire. Es lo relativo al tratamiento de nuestras figuras prominentes y símbolos. Ciertamente hay que acercarlos, deconstruirlos —aunque el término me parece inexacto porque no necesariamente se destruye para acercar, también puede hacerse para desterrar—, y es precisamente esa intención de “aterrizar” desde la admiración lo que reivindica Yimit Ramírez en su página en Facebook. Me parece interesante la idea de los próceres y los billetes, pero grandilocuente y excesivo que se solucione el acercamiento de Martí con el diálogo que hasta ahora, es casi lo único que tenemos.

Al leerlo, fui corriendo al libro de memorias de Tony Judt, un texto de hace unos pocos años en que decía: “La riqueza de palabras en que me crié era un espacio público por derecho propio; y de espacios públicos adecuadamente conservados es de lo que carecemos hoy. Si las palabras se deterioran, ¿qué las sustituirá? Son todo lo que tenemos”.

Me gustaría pensar que la Muestra Joven ICAIC, escaramuzas aparte, seguirá siendo un espacio público adecuadamente conservado. Eso sería un canal de

dos vías, que implica desestimar a gente, que en buen cubano, se dedica a “dar cordel” desde lugares aparentemente opuestos.

Otro globo de interés sería el del peso específico de quienes participan en esta discusión. Ese globo se viene inflando sistemáticamente con acusaciones a granel, tratando de poner nombres y caras a términos como “revolucionario”, “contrarrevolucionario”, “conservador”, “socialdemócrata”, “antiestatal”, “doctrinario”... Cada debate vuelve a ello y desplaza el centro de discusión. En esta ocasión, en que está de por medio la institución, ha movido sus resortes comunicativos. Pero, aunque en una situación de lógica desventaja, quienes actuamos en ocasiones al margen de ellas también nos coordinamos, nos escribimos, actuamos colectivamente. Así lo hicimos con la publicación en La Tizza de *Luces, cámaras... punción*, de Alejandro Gumá. Es un texto todo de él, pero lo hacemos nuestro.

Coincidir con la postura institucional ante un problema particular no descalifica. Y ahí está, por ejemplo, la postura de Arnaldo Mirabal sobre este tema, quien ha tenido que lidiar con obstáculos tremendos, ¡y no en La Habana! Trato, en resumen, de complejizar un asunto que trasciende una discusión entre la institución y los creadores, aunque la contiene; implica también a los que concurrimos como público potencial. ¿Qué haremos, una escala de puntos para dilucidar cuál criterio tiene un peso específico mayor? Esa es otra forma de poner nombres y caras a términos imprecisos.

Como ocurre siempre, más allá de las tensiones que se ponen en juego, discusiones como estas son más útiles y necesarias que nunca. Se trata de ver más allá de “vencedores” y “derrotados”, y que cada cual asuma que no podemos seguir trabajando por crisis.

Tomado de: La Tizza

Luces, cámaras... punción

Alejandro Gumá Ruiz

¿Cuáles son los recursos “artísticos” de quien quiere hacer una película y termina por hacer su endoscopia? ¿Cómo logra interpelar la realidad quien ofende y grita? Presa de la ilusión de ser escuchado/a, acentúa sobre sí la voz sin mirra, sin densidad, sin idea ni conquista.

Leo las noticias referidas a un audiovisual inconcluso que el equipo coordinador de la XVII Muestra Joven del ICAIC, 2018, propuso incluir en el certamen. La decisión institucional de no autorizar su exhibición se basó en que: “en el filme, un personaje se expresa de forma inaceptable sobre José Martí”.

Intentando acceder al correlato de “la forma inaceptable”, para labrarme criterio propio y ejercitar aquel llamado de Fidel: “Nosotros no le decimos al pueblo: ¡cree! Le decimos: ¡lee!”¹, me encuentro con la sabia decisión de *La Jiribilla* de publicar el fragmento de la escena que motiva el calificativo en la Declaración del ICAIC.

La pornografía del lenguaje —y quizás no sólo de él— descubre un acto evasivo que “mostrando” todo lo que tienen que decir los personajes, en realidad inhibe y secuestra, efectos que les infringe al espectador quien busca disimular las desnudeces que no tiene. Basta el diálogo citado para indignarse y vetar el audiovisual. Sin embargo, continúo indagando acerca del guión y me encuentro con opiniones repetidas sobre su falta de calidad, la pobreza de su estatuto artístico.

Entonces pienso que estas últimas debieran volverse también razones esgrimidas, en cualquier caso, por los jurados competentes, a la hora de evaluar la participación de una película en eventos del prestigio y nivel de convocatoria de la Muestra Joven. Y que nadie se asuste creyendo probable la disociación entre la calidad general del producto y la calidad específica de alguna(s) de sus construcciones discursivas; entre la sustancia de la trama y el destino de alguno de sus tramos.

Entiendo que esta vez el ICAIC actuó “en uso de las facultades conferidas”, pero de las conferidas por el pueblo antes que por algún “organismo superior”.

¹ Castro Ruz, Fidel (1961): Comparecencia cerrando el ciclo de la Universidad Popular “Revolución y Educación”, Obras Revolucionarias, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, pp. 23–24.

Ahora bien, ¿por qué la conferencia de prensa —después de zanjada la necesidad de explicar el asunto y fijar posición— terminó suspendida? ¿Por qué la bravata de quienes defendieron más la película que la Muestra misma tuvo mayor peso que el derecho de todos a conocer los pormenores del suceso cultural?

Las respuestas institucionales a escaramuzas de este tipo no pueden limitarse a declarar enojos, por justos y compartidos que sean, todavía menos si consideramos la urgencia de desarrollar liderazgos colectivos, que la sociedad manifiesta. Tomar acontecimientos puntuales para desencadenar discusiones que los trasciendan, vernos las caras los interesados en debatir, hablarnos sin la impersonalidad de las redes “semisociales”, son palmos ganados a un terreno que amenaza con estrecharse a la vista. Necesitamos que nuestras instituciones vayan delante en la cruzada.

El contexto nacional de los últimos años produce pequeños escándalos y “chancleteos” a granel. Ello obedece al subdesarrollo de la capacidad de debate que nos granjeó la libertad desatada por el hecho revolucionario. Impedir a tiempo que el calado de tal hecho se contraiga o que la esfera pública llegue a convertirse irremediablemente en ágora de chanchullos eventuales sin ninguna consecuencia perdurable para la práctica política, es nuestro objetivo más caro. Y que la realidad cubana no se convierta en una afrenta a Martí, aunque se hablen de él maravillas.

El arte tiene mucho que ofrecerle a esos propósitos. Problematizar la realidad —más que reflejarla en tanto se presenta—, abrirle caminos nuevos al pensamiento —nunca distribuir fiambre cultural para engordar consumos—, convocar desde la emoción difícil, y por eso mismo auténtica —o atribuirle a la alharaca dotes de seductora—, expandir la incitación de mejorarnos —no ponerle a cada cual un espejo enfrente—. Estos serán siempre sus desafíos, en un mundo al que Cuba debe seguir tratando de no parecerse.

Fuente: Blog *La Tiza*

Declaración de la Presidencia de la UNEAC

¡No se metan con Martí!

Presidencia de la UNEAC • Cuba

lajiribilla@lajiribilla.cu

En vísperas de la inauguración en La Habana de la 17ma. Muestra Joven ICAIC, la Presidencia de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba quiere pronunciarse sobre un incidente magnificado, mediante una burda manipulación, por la prensa anticubana y que ha encontrado eco en las redes sociales: la decisión del organismo de no autorizar, en el programa del evento, la exhibición de un filme en el que se insulta a José Martí.

Desde que se conoció la Declaración del ICAIC, numerosos ciudadanos, de diversos sectores sociales, han respaldado públicamente la posición de principios contenida en el documento: el rechazo a cualquier expresión de irrespeto a los símbolos patrios y a las principales figuras de nuestra historia. Compartimos la indignación de la juventud martiana ante el intento de mancillar la memoria del Apóstol.

Confiamos en el compromiso con la política cultural por parte de los jóvenes artistas e intelectuales cubanos, y en particular de las nuevas generaciones de realizadores audiovisuales, puesto de manifiesto en la inmensa mayoría de las obras presentadas en las Muestras. Defendemos la libertad de creación, la experimentación y la mirada crítica hacia zonas de nuestra realidad a partir de un ejercicio éticamente responsable.

En días pasados, durante un foro preparatorio de la VIII Cumbre de las Américas en Lima, el diplomático cubano Juan Antonio Fernández frenó una mendaz provocación con una frase: “¡Con Cuba no se metan!”. A los que pretenden socavar los valores fundacionales de la nación cubana, decimos: ¡No se metan con Martí!

La Habana, 2 de abril de 2018

Desmitificar no significa insultar

AHS • Cuba

En días pasados la presidencia del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, circuló e hizo pública una Declaración donde se explican las razones por las que no se autorizó la exhibición de *Quiero hacer una película*, obra que había sido propuesta a última hora para formar parte del programa no competitivo de la XVII Muestra Joven ICAIC. La decisión, expuesta en conferencia de prensa el 22 de marzo último, fue impugnada por el equipo coordinador de la Muestra, lo que provocó que se concluyera el referido encuentro sin abordar, siquiera, la programación y particularidades del evento.

Según la Declaración, en el filme “un personaje se expresa de forma inaceptable sobre José Martí”. La consabida polarización que ha generado después este tema, sobre todo en las redes sociales, pone al descubierto el diálogo real de la película donde se alude al Héroe Nacional. Algunos miembros del equipo realizador, entre ellos, su director, han tratado de explicar su posición; este último aclara cómo “la película no va de Martí”, sino “de una historia de amor entre dos jóvenes aparentemente muy diferentes” para más adelante confesar que sintió, al dejar la escena, que “atacarlo (a Martí) era, dada las circunstancias, el mejor cariño”. ¿Cómo puede esta contradicción explicarse? ¿Bajo qué cánones éticos y estéticos se entiende esta diatriba?

La Asociación Hermanos Saíz, aglutinadora de la vanguardia artística joven del país, entre ellos, de los realizadores audiovisuales, expresa su desacuerdo con postulados estéticos que vayan en detrimento de la identidad y los símbolos nacionales. Problematizar la realidad, abrirle caminos al pensamiento, convocar desde la emoción difícil y auténtica, no pueden ser sinónimos de ofensa; como no debe ser la visión joven y fresca sinónimo de irresponsabilidad. El arte responsable siempre ha sido garantía de toda creación auténtica. Existen en el audiovisual cubano sobrados ejemplos de una visión desmitificada de los héroes, sirvan para ilustrarlo (trayendo a colación al Apóstol) los filmes *Páginas*

del Diario de José Martí de José Massip, o *José Martí: el ojo del canario* de Fernando Pérez. Desmitificar no significa insultar.

Confirmamos nuestro apoyo a la Muestra Joven ICAIC, de la cual formamos parte desde su primera edición y de la que sentimos el orgullo de contribuir cuando apenas era una jornada de cine promovida desde el seno de nuestros más audaces y certeros creadores. Creemos que se impone reformular el diálogo realizadores-institución para seguir desarrollando un evento que cada año trasciende la visión particular y universaliza las perspectivas heterogéneas y las dinámicas cada vez más complejas del audiovisual cubano. Eventos como El Almacén de la Imagen en Camagüey, La Cámara Azul en Holguín, o la Jornada de Crítica Cinematográfica, forman parte de ese diálogo entre la organización de los jóvenes escritores y artistas cubanos y el ICAIC que, en vísperas del Tercer Congreso de la AHS, se seguirá fortaleciendo a favor de los jóvenes realizadores del país.

Mensaje de la Dirección Nacional BJM

Adelante el Arte, pero sin ultraje

La Jiribilla • Cuba

lajiribilla@lajiribilla.cu

Hace pocos días conocimos de un lamentable suceso que deja indignados a todos los miembros de la *Brigada de Instructores de Arte José Martí*. Desde la plataforma de la *Muestra Joven del ICAIC*, proyecto institucional que promueve el buen arte joven en Cuba, sus organizadores defendieron la proyección de un material que nada tiene que ver con los verdaderos valores de este pueblo.

Bajo el escudo de la libertad de creación el largometraje “Quiero hacer una película”, reduce la grandeza de nuestro héroe nacional en grotescos diálogos de burdas palabras. Ante esta lamentable ofensa, la BJM heredera de convicciones martianas y fidelistas, rechaza todas las posiciones equívocas tratadas en el audiovisual, pues si bien desde las históricas Palabras a los

intelectuales se estimulara la libertad creativa, nunca bajo circunstancia alguna, debían mutilarse las figuras que contribuyeron a nuestros 150 años de lucha y mucho menos a la Revolución como proceso en sí mismo.

Actitudes como estas deben ser impugnadas desde cada escenario social, pues solo traen consigo el derrumbe de la plataforma simbólica que sostiene la nación.

Entender como creadores que la utilización de la simplificación y vulgarización solo son un claro hecho de pobreza en el entorno artístico, resulta muy necesario. El arte verdadero no implica ultraje, convida a la reflexión desde el respeto, a la vez que estimula capacidades en los individuos.

Nuestro Martí, ese que mueve a cada instructor de arte es su comunidad, seguirá vivo en cada niño que deposita una flor ante su imagen o lee la *Edad de Oro*, en cada joven, obrero, campesino y estudiante que profesa a diario su visión humanista, o simplemente en cada espacio de este archipiélago, pues como dijera Fidel en *La Historia me Absolverá*, él es sin dudas el autor intelectual de nuestra obra.